



## GUY DE MAUPASSANT

EN medio del hermoso parque de Monceau, junto al cual, y en su legendario hotelito, pasó el autor de *La mano izquierda* los mejores años de su vida de París; en ese aristocrático jardín que, á determinadas horas del día y de la noche, ofrece un aspecto delicioso, donde las provincianas van á ver jugar á sus hijos, y en ocasiones á encontrarse, como por casualidad, con un amante que las espera; bajo la poética sombra de una especie de bosque sagrado en pleno París, dentro de los límites de uno de sus barrios más elegantes, álzase el monumento erigido en la capital de Francia, por iniciativa de la «Société des Gens de Lettres», á uno de sus hijos más preclaros.

Una hermosa mujer de mármol lee recostada en artística columna de granito rosa; y en lo alto del pedestal reposa el busto del maestro con grave melancolía y esquivo mirar.

Ningún sitio pudiera elegirse mejor para que Maupassant, el novelista á quien tanto adoraron las mujeres y que con tan singular emoción habló de ellas, se alce sobre la columna donde se apoya una parisién simbólica con gesto gracioso y triste...

\*\*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO



Consagrando la gloria de aquel que tanto había sabido honrar á su nación, Francia no hacía más que cumplir un sacrosanto deber. Pero, como decía Enrique Fouquier, «el monumento de París no bastaba para ello. Era menester que de la gloria de Maupassant tuviese una prueba su ciudad natal, la antigua y soberbia capital de Normandía, á la que debía tanto. Su imaginación, á la vez clara y sutil, y cierta atenuada rudeza de exquisita finura, peculiar en él, eran rasgos de su provincia. Al terruño era deudor asimismo de aquella aparente robustez de salud, de aquel subido color de la piel y de aquella anchura de hombros, que, desgraciadamente, sólo fueron la engañosa fachada de la fuerza». Y en el discurso que pronunció al inaugurarse en Rouen la estatua de Maupassant, añadía: «Todos tenemos dos patrias: la pequeña y la grande. La una es la provincia, la ciudad ó el pueblo que nos vió nacer; la otra es la patria francesa, común á todos, y de la que París—á pesar de sus fiebres ó sus errores—es como la radiante corona. A doble patria, amor doble. Y no es exacto que ese sentimiento del culto por la tierra donde se nació resulte peligroso. Cuanto más dulce sea, cuanto más cerca estén de nosotros los recuerdos de la infancia, que renacen en nuestro corazón con la edad, el amor de la patria chica nos hará sentir más viril, más razonado el amor de la patria grande. Por eso se ha querido honrar á Guy de Maupassant, á la vez, como un gran literato perteneciente á Francia y, más particularmente hoy, como el hijo predilecto de Normandía.»

El monumento de Rouen se inauguró á fines de Mayo de 1900.

Entre los discursos que se pronunciaron en aquella solemnidad, nos interesa conocer el del ilustre autor de los *Trofeos*, el académico José María de Heredia.

\* \* \*

«Nació Guy de Maupassant en el castillo de Miromesnil cerca de Dieppe, el 5 de Agosto de 1850. Pasó su infancia en Grainville y en Etretat, comenzó sus estudios en el colegio de Yvetot y los terminó en el Liceo de Rouen. Su tío, Alfredo Le Poittevin, había tenido íntima amistad con Flaubert, quien le dedicó *La tentation de Saint-Antoine*. El joven Guy heredó esta amistad, que unió hasta la muerte al discípulo y al maestro. Durante siete años, el alumno estuvo sujeto á la más estrecha disciplina. En su hermoso prefacio al volumen rotulado *Lettres Flaubert á George Sand*, Maupassant transcribe algunos de los principios del arte que le había inculcado su maestro. No fué vana tal enseñanza. La potencia evocadora y la impassibilidad, esas dos cualidades esenciales del artista creador, Maupassant, como Flaubert las poseyó en el más alto grado.

»El 8 de Mayo de 1880 el gran Flaubert dejó de existir.

»La tierra normanda es fecunda. Apenas muerto el viejo árbol, brota un vigoroso retoño. Aquel mismo año, Guy de Maupassant publicó sus primeras producciones: *Des vers* y *Boule-de-Suif*, su obra maestra. En su primer ensayo, el artista, sin esfuerzo al parecer, posee el dominio de su arte. Y, uno tras otro, da esos libros que se llaman *La maison Tellier*, *Histoire d'une fille de ferme*, *Mademoiselle Fifi*, *Contes de la Becasse* y *Une vie*, la novela en que más ha puesto de sí mismo, conservando su impersonalidad. No proseguiré la enumeración de sus obras famosas. Todos las habéis leído. El buen Flaubert estaba orgulloso de su discípulo, que había heredado sus dotes prodigiosas de novelista. Maupassant procede evidentemente de *Madame Bovary* y de la *Elucation sentimentale*. Lo cómico profundo, lo épico invertido de *Bouvard et Pecuchet*, aparecieron en sus estudios de oficinistas. Habíalos tratado largo tiempo en los ministerios de Marina y de Instrucción



pública, y los ha dibujado con una precisión, cronométrica en *L'Heritage*.

»Pero su genio tiene un aspecto original que no debo dejar de mostraros.

»Los escritores de la segunda mitad del siglo XVIII, por un refinamiento de filantropía, habíanse formado una singular idea de la humanidad inferior; se esforzaron, en sus historias y en sus novelas, en elevar muy por encima de los hombres más civilizados al salvaje y al negro. Prestáronles las más raras cualidades. Nuestros padres conocieron al Natchez, filósofo, y al Caribe bondadoso. Más adelante, los románticos adornaron á los presidiarios y los asesinos con la púrpura de sus metáforas, é intentaron hacer la apoteosis de la cortesana. Y recientemente, los novelistas de nuestro tiempo, curiosos de estudiar á los seres instintivos, exóticos ó populares, han tratado de colocarse á su nivel y de descender hasta ellos para comprenderlos mejor. De todos estos exploradores de regiones morales ignoradas ó mal conocidas, ninguno tan hondamente como Maupassant escrutó las oscuras almas de la moza y el campesino.

»Cada nuevo libro elevábase más y más. Aquello era la gloria. Y todos admirábamos en él ese maravilloso exceso de vida que, por un milagro de la Naturaleza, mezclaba con todas las flores primaverales los frutos más sabrosos de la madurez.

»Su vida era un continuo derroche. Los ejercicios violentos le apasionaban. Gustábase remontar, á fuerza de remo, las corrientes de los ríos. El mar le exaltaba, mecía su alma alegre y melancólica. Impulsado por un viejo instinto de raza, navegó hacia el Sur, hacia el sol. La quilla de su *yacht* ha cortado en todos sentidos el Mediterráneo, donde sus antepasados, pirateaban. Pero Guy de Maupassant nació muy tarde, nació en un siglo en

que se necesita cruzar el Africa entera para ejercer la piratería libremente. Tuvo que contentarse con desgastar sus energías ejercitando sus músculos y escribiendo hermosos libros.

»Su producción fué prodigiosa. En menos de doce años dió más de veinticinco volúmenes, sin contar los relatos artículos dispersos...

»La vida de Maupassant no es, según parece, más que un viaje marcado por jornadas triunfantes. Ofrece la inquietud de los lugares nuevos. Su errante fantasía le lleva de las brumas del Norte á las columnas de Hércules. Es capaz de realizar todos los trabajos. Doma la fatiga, esclaviza el dolor. Derrocha heroicamente su vigor corporal, su potencia intelectual, abusa de ellos, los aniquila.

»Ni el sol ni la muerte pueden mirarse con fijeza. A él, que tanto la amó, la luz se le enturbiaba á veces ó le abandonaba. Sus ojos pardos, tan vivos, tan penetrantes, perdieron el brillo. Había escrito *El Horror*. El horror de la muerte le perseguía. «La muerte avanza sin cesar, á diario en todos sentidos, feroz, ciega, fatal.» Escuchad ese grito de terror que se le escapa en 1884: «Morirá muy pronto á su vez. Desaparecerá y todo habrá concluído... ¡Qué cosa más horrible! Otras gentes vivirán, reirán, se amarán... ¡Es extraño que se pueda reír, gozar y vivir, satisfecho con la eterna certeza de la muerte! Si fuera sólo probabilidad, podría esperarse aún; pero no; es inevitable, tan inevitable como la noche después del día.» Y se siente presa de un amor tierno y desesperado, casi bestial, por esa tierra que le hacía estremecerse al pensar que habria de cubrirle. «Hay lugares de la tierra que tienen para la vista un encanto sensual; se los ama con amor físico.» Nadie comprendió más amargamente la pequeñez de toda sensación en lo infinito de la naturaleza, cuyo eterno renacimiento es la más triste de las ironías para el mísero mortal.



»Era famoso, rico y fuerte, parecía feliz, se le envidiaba, y sin embargo, nadie fué tan desdichado.

»La última vez que le vi me refirió extensamente su melancolía, el fastidio de la existencia, la devastadora enfermedad, los desfallecimientos de su memoria, la ceguera nublando sus ojos durante un cuarto de hora, media hora, una hora... Luego la fiebre del trabajo reanudado, y — ¡qué suplicio para un escritor de su fibra! — la impotencia para encontrar la palabra oportuna, la investigación encarnizada, el furor desesperado. Ya nada le causaba placer. Contóme asimismo la angustia en que le sumía el desdoblamiento enfermizo de su personalidad. Fuese donde fuera, hiciera lo que hiciere, en todas partes, siempre la obsesión constante, odiosa, del «otro yo» que fiscalizaba todos sus actos y todos sus pensamientos, murmurando á su oído: «Goza de la vida; bebe, come, duerme, ama, trabaja, recorre el mundo, mira, admira. ¿De qué te sirve? ¡Morirás!»

»Aterrorizado con semejantes confesiones traté en vano de alentarle.

»— Adiós — me dijo.

»— Hasta la vista.

»— No; adiós.

»Y agregó con una especie de énfasis estoico tanto más extraño cuanto que su lenguaje era habitualmente muy sencillo:

»— Estoy resuelto. No duraré ya mucho. No quiero sobrevivirme. Entré en la vida literaria como un meteoro; saldré de ella como un rayo.

»Marchóse. Pasó algún tiempo, algunas semanas. Y, bruscamente, llegó á mí la noticia horrible. Había intentado matarse. Previéndolo, una mano piadosa hizo fracasar aquel intento, descargando el arma. Quedóse anonadado; ya no pudo tener voluntad. Vivió, pues, ó mejor dicho, se sobrevivió durante varios meses.

»Por último, el 6 de Julio de 1893 la muerte libró á Guy de Maupassant de la vida.

»Pero el hombre no es nada, la obra lo es todo. Y su obra vive.

»Perfenejó nuestro autor á la gran rama normanda, á la raza de los Malherbe, de los Corneille y de los Flaubert. Como ellos, tiene el gusto sobrio y clásico, el elegante orden arquitectónico y, bajo esa apariencia regular y práctica, un alma audaz y atormentada, aventurera é inquieta. Tiene también el estilo atrevido, la abundante vena satírica y extremadamente populachera de otro rouenés menos ilustre, Saint-Amant. De Bernardin de Saint-Pierre heredó asimismo el sentido de exótico. Aunque se le asemeja menos, otro hay á quien no puedo olvidar en esta enumeración gloriosa, el único que podría disputarle el cetro de la novela: Próspero Merimé.

\* \* \*

Han escrito acerca del autor de *Boule-de-Suif* los más famosos literatos y los más célebres pensadores del globo. Anatole France dijo de él:

«Agrada en los cuentos de Maupassant la seguridad del talento. Ante tan hermosa y legítima seguridad, el lector experimenta una plena satisfacción, y, á fuerza de aprobar, admira. Si hay una admiración sin sorpresa, ésta la proporciona Maupassant. Fuerza, flexibilidad, mesura, nada falta en ese cuentista robusto y sencillo. Es vigoroso sin esfuerzo y firme sin ninguna tensión. Es uno de los príncipes del cuento en esta Francia, donde el arte de contar se ha transmitido á través de las edades, desde las viejas narraciones hasta las modernas novelas cortas.»

De Eduardo Rod, el ilustre autor de *El sentido de la vida*, ese libro incomparable, son las siguientes líneas:

«... Siento admiración por su obra. Me parece que



Maupassant ocupa un lugar único en la novela contemporánea. Existe en sí (valga la expresión), y entiendo que el interés de sus libros no depende ni de una escuela literaria ni de tesis morales ó sociales, que son siempre transitorias.

»Es el cuentista. Nadie, en mi concepto, llevó tan lejos el arte y la perfección del relato, como nadie tuvo nunca de la vida una visión más sencilla y más directa. No es tal vez de aquellos que sugieren reflexiones numerosas y promueven cuestiones complejas; es de aquellos que se leen dos ó más veces, por el placer de leerlos, por admirarlos y por la prodigiosa corriente de vida y de realidad que se desprenden de su pluma...»

En su libro *Le mouvement littéraire contemporain*, Gastón Pellissier, apunta:

«De todos nuestros novelistas, tal vez uno sólo merece plenamente el nombre de naturalista: Maupassant. Aun cuando este escritor sufriera un poco al principio la influencia de Zola, su verdadero maestro fué Gustavo Flaubert. Y Gustavo Flaubert es, sin disputa, un intérprete de la Naturaleza mucho más fiel que Zola.

»... Pero Flaubert no era un verdadero naturalista... No pudo sustraerse al romanticismo... En Guy de Maupassant no hay la menor huella de romanticismo. Enteramente naturalista, no ha hecho, por así decirlo, más que contemplar la Naturaleza. El mismo se nos presenta en *Notre cocur*, en la figura del novelista La Marthe, «cuyos ojos percibían las imágenes, las actitudes y los gestos con la precisión de un aparato fotográfico.»

»Es probable que Maupassant resulte, por su manera de laborar, menos naturalista que otros naturalistas contemporáneos, que los Goncourt especialmente, cuyos libros nos dan la impresión de la realidad, fértil en accidentes y en caprichos. Pero distingamos al menos entre sus cuentos y sus novelas.

»La unidad de sus novelas no es nunca tan estrecha, no se impone en ellas la lógica y la simetría que caracteriza á las de Flaubert y Emilio Zola; á veces hasta se nota en el desarrollo una ligereza algo insegura. Y si en sus cuentos hay en general más orden, su corta extensión, la sencillez de su asunto y el reducido número de sus personajes, llevaban consigo, á decir verdad, y hasta imponían esta cohesión. Por otra parte, hay en ellos, como dicen los naturalistas, trozos de vida humana que, apartándose de las cosas contiguas, forman cuerpo aparte, tienen unidad propia y distinta. Lo que se ha alabado en Maupassant, como arte de composición, podría muy bien no ser más que un don innato para reconocer esos trozos, á los cuales la Naturaleza ha dado un marco precioso. Y, de esta suerte, lo que hiciera sería también obra naturalista.

»Maupassant reúne mejor que ningún otro de sus contemporáneos todas las condiciones del naturalismo... Nada de filosofía. O, por mejor decir, su filosofía, puramente sensual, no se preocupa de lo que hay fuera del mundo sensible. ¿A qué discurrir? El pensamiento del hombre «gira como una mosca en una botella»: no comprobando más que fenómenos, tal vez ilusorios, y de los cuales al menos la razón de ser se nos escapa, nos es por completo imposible saber nada, explicar nada absolutamente. El nihilismo intelectual no inquieta en manera alguna á nuestro autor, que se arregla del mejor modo del mundo. Si su obra, mostrando á nuestros ojos la bestialidad primitiva del hombre, puede producirnos una impresión de tristeza, ninguna tristeza queda en él...

»Nada le importa la moralidad. Ni la moralidad social... ni la moralidad individual... Considera evidentemente la moral como inventada por espíritus apenados que depravó una civilización corruptora. A la moral opone la naturaleza...



»El amor, tal como lo representa él, es el instinto del sexo. Él mismo, después de haber tenido tratos con mujeres mundanas, volvió á las mozas sencillas, que no hacen remilgos de ningún género. Nada de perverso hay en sus pinturas amorosas. Pinta el amor como lo siente, desprovisto de toda exaltación ficticia, reducido á una exigencia natural.

»... El arte parece dejar á Maupassant completamente insensible. Sabido es al menos que no consentía en hablar de literatura, que rehuía toda conversación acerca de sus libros, que permanecía obstinadamente fuera de las discusiones estéticas. Una sola vez, en *Pierre et Jean*, escribió una especie de manifiesto. Vemos en ese estudio, en primer lugar, el gran desprecio que le inspiraba la crítica; y vemos también que su doctrina literaria consiste en proscribir toda clase de teorías.

»... Como los otros naturalistas, Maupassant pinta siempre lo que ha visto... No inventa nada, limitase á referir. Sabemos el nombre real de los personajes que nos presenta, en qué lugar pasó tal ó cual historia que nos refiere... Pasivo y neutral, Maupassant *representa* las cosas vistas con perfecta exactitud.

»... Es absolutamente impersonal... Redúcese á retratar los seres que pasan por el campo de su visión. Los dibuja, exento de amor y de odio, con fidelidad objetiva, sin que sus penas ó sus alegrías le conmuevan, sin que ninguna insípidez le desanime, sin que le indigne ninguna villanía.

»El estilo de Maupassant es la perfección misma. Pero esta perfección no tiene más que naturalidad y facilidad... Ninguna huella hay en él de lo que se llama el escrito artístico... Nada raro, nada exquisito, nada «especial»...

»Resulta más que claro, transparente.

»Pocos años antes de morir, una enfermedad le turbó la razón. Acabamos de pintar al hombre sano y robusto. Para

ser naturalista, es necesario tener todos los órganos en buen estado. En cuanto Maupassant sintió las angustias del mal que había de llevarsele, su naturalismo se alteró. Y se conoció entonces un Maupassant que no es el mismo, el de las últimas novelas: un Maupassant tierno, triste, accesible á las inquietudes del pensamiento, hasta á las preocupaciones morales. Pero, aunque sus novelas tengan inmenso valor, lo que nunca morirá son sus cuentos, cuya originalidad consiste sobre todo en la exactitud con que imitan la Naturaleza. Tal es el rasgo esencial del autor de *La maison Tellier*. Y su visión de las formas es tan exacta, que suple á la facultad de análisis psicológico. La vida íntima se manifiesta por señales exteriores; esas señales—los gestos, los movimientos fisonómicos, las palabras—, él sabe reproducirlas á las mil maravillas. Maupassant no es, desde luego, lo que se llama un psicólogo. Pero, si admitimos con él que en el organismo está contenida toda la naturaleza moral, no nos queda más que admirar su extraordinaria aptitud para expresar lo interior por el exterior.»

Jules Lemaitre, el crítico de todos conocido y á quien todos admiramos, ha escrito también mucho acerca de Maupassant. En uno de sus numerosos artículos sobre la obra del maestro normando, ha dicho lo que sigue:

«¿Recuérdase el efecto que produjeron *Boule-de-Suif*, *La maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi* y los otros breves relatos de que iban acompañadas esas obras maestras en sus volúmenes? Aquello pareció nuevo; y lo era, efectivamente. Más ¿en qué y por qué? Era el fondo excesivamente brutal: historias de campesinas, de lugareños rapaces, de viles y grotescos burgueses; eran los «actos y palabras» de una humanidad elemental, toda instinto. Y era también, á veces, excesivamente sensual. La filosofía que en rigor se podía deducir de ello resultaba furiosamente negativa. La vida es mala y no tiene ningún objeto moral; ofrécese,



á veces, con cierta ironía. No sabemos nada y no podemos saber nada; vamos, á pesar nuestro, allí donde nos llevan nuestros deseos y la fatalidad exterior; luego, la muerte pone término á todo. Y, entre ese nihilismo, el autor no dejaba de gozar del mundo físico con una intensidad extraordinaria y una franqueza impecable. Cosa rara, este cuentista tan poco «moral», desarmó, casi inmediatamente, aun á los austeros. Todos comenzamos al punto á hablar de «salud». La salud era su distintivo en la opinión general. Nadie fué jamás proclamado «sano» tantas veces como aquel joven que había de morir loco. De idéntica manera, nadie fué declarado clásico tan pronto como él.

»No hubo error en esto. Maupassant ofrecía el singular fenómeno de una especie de clásico primitivo surgiendo en una época de literatura envejecida, decrepita y cansada. En primer lugar, ninguna huella en él de educación cristiana. Su gran maestro Flaubert hábiale *despabilado* muy pronto. El talento de Maupassant fué, pues, como una tabla rasa ofrecida á las impresiones del mundo ambiente. Su filosofa sencilla—á la cual es muy posible que los refinados de las últimas edades vuelvan más ó menos tarde—era la de un «Hurón» genial. Este primitivo había recibido de la Naturaleza el don de la expresión, que perfeccionó al lado de su viejo maestro en una disciplina de diez años. Pero si aprendió á ver y á reproducir lo que veía, no aprendió afortunadamente otras cosas. Si conservó, con más amplitud y facilidad, algo de la ironía de *L'education sentimentale*, quedó totalmente exento del romanticismo de Flaubert. Ignoró, igualmente, las «transposiciones artísticas» de los Goncourt y la trepidación nerviosa de Daudet. En una de las épocas en que nuestra literatura fué más compleja y destiló los alcoholes más laboriosos, el genio cuentista de Maupassant brota como una fuente de agua deliciosa, maravillosamente clara. Y, siendo sensual, era

en cierto modo inocente. Nada de común hay entre su sensualidad y la de Emilio Zola, tan triste, tan turbulenta, tan lúgubre, que resulta semejante á la de las tentaciones frailunas; que parece implicar el sentimiento de algo prohibido y la creencia en el pecado. Maupassant no creía en el pecado. Tal vez por esto hasta los amantes de la castidad fueron indulgentes para él.

«Tal fué en los comienzos de su obra el autor de *Boule-de-Suif*.

»Luego vino la angustia. La voluptuosidad acaba siempre, ya se sabe, por ser una gran maestra de metafísica. El deseo es naturalmente insaciable. Y he aquí por qué, en los últimos libros de Maupassant, lentamente, el *surgit amare aliquid* hace su obra...

»A partir de cierta época, Maupassant se muestra sensible. Su observación se entristece... y se afina también á medida que se apaga.

»De un libro á otro, las almas que nos presenta se complican, y, á la vez, adquieren mayor dignidad.

»... Es curiosa la evolución de un escritor que, habiendo comenzado con *La maison Tellier* acaba con *Notre cœur*. Muy someramente, su historia es la de un «primitivo» retrasado, modificándose, poco á poco, en la atmósfera moral de su tiempo, sintiendo, á su pesar, las inquietudes espirituales que nos legaron los pasados siglos. Y, sin duda también, el temor de la muerte, el temor de lo desconocido y la preocupación atroz de la locura amenazadora, tomaron alguna parte en la transformación.»

\*  
\* \*

Pero el más afinado juicio acerca de nuestro escritor, la silueta literaria más acertada del ilustre autor de *Bel-Ami*, es la que se debe al gran novelista Emilio Zola; el 9 de Julio de 1893, día del entierro de Maupassant, el genio creador



de *La Terre*, dijo, entre otras cosas, sobre la tumba de su malogrado amigo:

«Conocí a Maupassant, hace unos diez y ocho años, en casa de Gustavo Flaubert. Aún me parece estarle viendo tal como era entonces: joven, con sus ojos brillantes y risueños, callando con modestia filial en presencia del maestro. No oía, en silencio, toda la tarde, aventurando apenas una frase de cuando en cuando; pero aquel muchacho robusto, de fisonomía expresiva y franca, tenía un aspecto de tan feliz jovialidad, de tan exuberante de vida, que todos le queríamos, por la atmósfera de salud que esparcía entre nosotros. Adoraba los ejercicios violentos; leyendas de proezas sorprendentes corrían acerca de él. Nunca nos ocurrió pensar que algún día pudiera tener talento.

»Y apareció *Boule-de-Suif*, esa obra maestra, esa obra perfecta de ternura, de ironía y de valentía. Al primer golpe daba la obra decisiva, se colocaba entre los maestros. Fué aquélla una de nuestras grandes alegrías; porque se hizo el hermano de todos nosotros, que le habíamos visto crecer sin sospechar su genio. Y á partir de aquel día no cesó ya de producir, con una abundancia, una seguridad y una fuerza magistral que nos maravillaban. Colaboraba en muchos periódicos. Los cuentos, los episodios se sucedían con infinita variedad, todos de una perfección admirable, encerrando cada uno una pequeña comedia, un pequeño drama completo, abriendo bruscamente una ventana sobre la vida. Se reía, se lloraba, se meditaba leyéndole. Podría citar algunos de esos cortos relatos que contienen en pocas páginas la esencia de grandes obras, que otros novelistas habrían escrito sin duda alguna. Pero téndría que citarlos todos; ¿y no son algunos de ellos tan clásicos ya, como una fábula de La Fontaine ó un cuento de Voltaire?

»Maupassant quiso ensanchar su marco para responder

á los que le declaraban incapaz de hacer algo que no fuesen cortas narraciones; y con aquella energía tranquila, con aquella facilidad de buena salud que le caracterizaba, escribió novelas, soberbias novelas, en las que todas las cualidades del cuentista se encontraban como agrandadas, afirmadas por la pasión de la vida. Poseía el soplo, ese gran soplo humano que hace las obras apasionadas y vivas. Desde *Une vie* hasta *Notre cœur*, pasando por *Bél-Ami*, por *Mont-Oriol* y *Fort comme la mort*, se observa siempre la misma visión profunda y sencilla de la existencia, un análisis impecable, una manera tranquila de decirlo todo, una especie de franqueza sana y generosa que conquista los corazones. Y quiero conceder un lugar aparte á *Pierre et Jean*, que es, en mi concepto, la maravilla, la rara joya, la obra de grandeza y de verdad que no puede superarse.

»... Lo que nos sorprendía á cuantos seguíamos á Maupassant con toda nuestra simpatía, era aquella conquista tan pronta de los corazones. No había tenido más que aparecer y contar sus historias para conquistar los entusiasmos de un público inmenso. Famoso de la noche á la mañana, ni siquiera fué discutido; la dicha sonriente parecía haberle cogido de la mano para conducirlo á tanta altura como quisiera llegar. No conozco ningún otro ejemplo de comienzos tan felices, de éxitos tan rápidos y tan unánimes. Aceptábasele todo; lo que habría chocado, producido por la pluma de otro, siendo suyo era juzgado con una sonrisa. Satisfacía todas las inteligencias, llegaba á todas las sensibilidades, y teníamos el espectáculo extraordinario de un talento franco y robusto que se imponía de un golpe á la admiración, hasta al cariño de ese público ilustrado, de ese público juzgador que, ordinariamente, tan caro hace pagar á los artistas originales el derecho de ser independientes.



»Todo el genio de Maupassant está en la explicación de ese fenómeno. Desde el primer momento fué comprendido y estimado porque tenía el alma francesa, las dotes y las cualidades que constituyen lo mejor de la raza. Se le comprendía, porque su estilo era todo claridad, sencillez, mesura y fuerza. Se le amaba, porque tenía la bondad risueña, la sátira profunda, que, por un milagro, no es perversa; la sana jovialidad que persiste aun bajo las lágrimas... Los lectores, los admiradores no se engañaban; iban instintivamente á aquel manantial límpido y abundante, á aquella belleza de pensamiento y de forma que satisfacían sus deseos. Y estaban agradecidos al escritor, aun cuando éste fuera pesimista, que les daba la feliz sensación de un equilibrio vigoroso en la perfecta claridad de sus obras.

»... Me gusta Maupassant porque pertenece á la familia de las grandes honradeces literarias. Desde luego no deben ponerse límites al arte; es necesario aceptar á los complicados, á los refinados, á los oscuros; pero me parece que éstos no satisfacen más que la depravación ó, si se quiere, el delirio de un instante, y que es necesario volver siempre á los sencillos y claros, como se vuelve al cotidiano pan, que alimenta sin cansar nunca. La salud está ahí, en ese baño de sol, en esa onda que os envuelve en todas partes. Tal vez la página que admiramos de Maupassant le ha costado un esfuerzo. ¡Qué importa, si esa fatiga no aparece, si nos sentimos reconfortados por la naturalidad perfecta, por el tranquilo vigor que de ella se desprende! ¡Sálese de esa página como remozado, con la alegría moral y física que proporciona un paseo á la plena luz del día!

»... Maupassant tuvo siempre la curiosidad de los horizontes nuevos, de las comarcas desconocidas. Viajaba mucho, trayéndonos una visión intensa de los países que había visitado. Su inclinación á la claridad y la sencillez le hacía

aborrecer las tareas literarias. Nunca ningún hombre sintió la pasión de escribir menos que él, que hasta llegaba á la exageración de no querer hablar de literatura, de vivir apartado del mundo de las letras, trabajando por necesidad, según decía, y no por la gloria. Esto nos admiraba á nosotros, en quienes la idea de la literatura absorbió la existencia. Sin embargo, actualmente opino que tenía razón, y que la vida merece ser vivida por sí misma, prescindiendo del trabajo. Es menester, además, vivir para conocerla; y es cierto que Maupassant, en sus últimos años, había ensanchado su mundo de campesinos y burgueses, había adquirido un sentimiento más delicado y más profundo de la mujer, y avanzaba hacia otras obras más profundas, más amplias.

»Sé de sobra que algunos principiaban á echar de menos al Maupassant de los comienzos, y yo mismo no miraba sin inquietud la pérdida de su equilibrio. Mas no he venido aquí á juzgar su obra en conjunto, y sólo diré ahora que á pesar de su aparente indiferencia por la literatura, amó apasionadamente su arte.

.....  
 «¡El! ¡oh dolor! atacado de locura! ¡Toda aquella dicha, toda aquella salud caída de un golpe en semejante abominación! Había en él un torrente de vida tan brusco, un abismo tan inesperado que los corazones que le amaban, sus miles de lectores, conservan para él una especie de fraternidad dolorosa, una ternura inmensa. No quiero decir que su gloria necesitara ese fin trágico, de tan fecunda repercusión en las inteligencias; pero su memoria, desde que sufrió la horrible pasión del dolor y la muerte, ha tomado en nosotros no sé qué majestad soberanamente triste que le eleva á la leyenda de los mártires del pensamiento.

.....  
 »Por otra parte, ¿quién puede asegurar que el dolor y la



muerte no saben lo que hacen? Ciertó que Maupassant, que en quince años había publicado más de veinte volúmenes, podía vivir y triplicar este número. Pero, ¿lo diré? Me acomete en ocasiones una inquietud melancólica ante la abundante producción de nuestra época. Sí; son largas y concienzudas tareas: muchos libros acumulados, un hermoso ejemplo de obstinación en el trabajo. Son á la vez bagajes muy pesados para la gloria. De esas grandes obras cíclicas nunca quedaron más que unas cuantas páginas. ¿Quién sabe si la inmortalidad no es una novela en trescientas líneas, la fábula ó el cuento que los colegiales de los siglos futuros se transmitirán, como ejemplo intachable de la perfección clásica?

»Y en eso consistiría la gloria de Maupassant, que será siempre la más cierta y más duradera de las glorias. Duerma, pues, su tranquilo sueño, que tanto le costó, confiando en la salud triunfante de la obra que deja. Ella vivirá y le hará vivir. Nosotros, los que le hemos conocido, tendremos constantemente en el corazón su robusta y dolorosa imagen. Y, andando el tiempo, los que no le conozcan más que por sus obras, le amarán por el eterno canto de amor que consagró á la vida.»

\*  
\* \* \*

Si Gustavo Flaubert no hubiera conquistado con sus libros el señalado lugar que ocupa en las letras, tendríale muy preferente por otra razón: según ya hemos dicho, Flaubert fué el maestro de Maupassant, Flaubert formó á Maupassant; sin Flaubert, Maupassant, el Maupassant que conocemos, el Maupassant que á todos nos encanta, no existiría quizá; Flaubert hizo hermosas novelas, nos asombró con admirables libros, pero su obra mejor es, sin duda alguna, Maupassant. La educación literaria del autor de *Une*

*vie*, debémosla en absoluto al maestro de *Salambó*, esa obra incomparable. Cuando el joven Guy estaba á su lado, en Croisset, decíale con frecuencia: «Ve á pasearte á Rouen, y á tu regreso, refiéreme en cien líneas lo que hayas visto.» Enseñóle así á condensar un relato en algunas páginas, y al propio tiempo á dar á su estilo pulcritud, claridad y precisión. Sin bienes de fortuna, Maupassant entró muy joven, como empleado, en el Ministerio de Marina, donde estuvo diez años. En sus ratos de ocio hacía versos. Gustavo Flaubert, á quien los enseñó, le dijo que siguiese buscando consonantes. Maupassant escribía poco. Limitábase á frecuentar, gracias á su maestro, el trato de los Goncourt, Emilio Zola y otros escritores pertenecientes á la escuela naturalista; al propio tiempo, de cuando en cuando, hacía publicar en los periódicos algunas de sus poesías.

Unos veinte años tendría Maupassant cuando el 19 de Febrero de 1879, estrenó un proverbio en un acto y en verso, *Histoire du vieux temps*, que entonces pasó casi inadvertida y en la actualidad es de repertorio en la Comedia francesa. En 1880 publicó, entre otros episodios de la guerra francoprusiana, escritos por varios autores y reunidos en el volumen hoy famoso gracias á él, *Les Soirées de Médan* que todos conocemos, una novela corta, *Boule-de-Suif*, que fué su verdadera presentación al público. Este corto relato, en el cual Maupassant refiere, con la maestría que encanta en todos sus libros, un curioso episodio de la ocupación prusiana en Normandía, hizo que la atención general se fijara en el joven escritor: no se habló de *Les Soirées de Médan*; se habló de *Boule-de-Suif*: su novelita eclipsó las otras de Zola, Huysmans, Hennique, Céard y Alexis, que la acompañaban. Para los inteligentes, *Boule-de-Suif* es una obra maestra. Así la llamó Flaubert en carta dirigida á Maupassant. «Trata de hacer una docena de trabajos como ese—le decía—, y serás todo un hombre.»



En el mismo año, con el título *Des vers*, Maupassant dió á luz una colección de poesías que le valieron también grandes elogios. Pero, á partir de aquella fecha, abandonó casi enteramente la poesía para escribir esos cuentos, esos relatos, esas novelas, que han hecho su fama, dando clarísimas pruebas, á la vez que de su gran talento, de una actividad intelectual nada común.

Para descansar de su incesante producción, Maupassant se entregaba á violentos ejercicios físicos; gustábale especialmente remar. Viajó mucho, fletó un *yacht* al cual dió por nombre el título de una de sus mejores novelas, *Bel-Ami*, y solo, meses enteros, surcó las aguas del Mediterráneo. Había contraído una enfermedad del estómago que no logró curarse, aun cuando lo procuraba, yendo todos los años á buscar alivio en Divoune. Su humor, su buen humor, que todos envidiaban, se ensombreció; agrióse su carácter, aquel alegre carácter que era proverbial; y el trabajo se le hizo penoso. Para excitar su imaginación, recurrió á una embriaguez artificial, absorbiendo éter y cafeína, excitantes que muy pronto, por prescripción facultativa, hubo de abandonar. Y cayó en una hipocondría creciente. La locura y la muerte de un hermano agravaron su enfermedad. Y en Diciembre de 1891, encontrándose en su *chalet* del Isère, situado cerca de Cannes, fué víctima de terribles crisis nerviosas y trató de suicidarse. Condujéronle á Cannes, donde le prestaron los auxilios de la ciencia; pero hallábase atacado por una enfermedad incurable: la parálisis general. El 7 de Enero de 1892, Maupassant regresaba á París y era encerrado en el manicomio del doctor Blanche, donde permaneció hasta su muerte, acaecida el 6 de Julio de 1893.

\*  
\* \*

Se ha hablado y escrito mucho acerca del origen, mejor dicho, de los comienzos de la locura de Maupassant: ¿Cuándo el privilegiado cerebro de este admirable hombre empezó á turbarse? ¿En qué ocasión dió la primera muestra de la cruel enfermedad que le asesinó, por decirlo así, antes de su muerte? La madre de nuestro famoso novelista dijo en sus últimos años, contestando á esas preguntas:

«—Le juro á usted que Guy no experimentó ninguna turbación antes de la enfermedad de su hermano. Este tomó una insolación que determinó en él desórdenes cerebrales. Guy siguió los progresos de la dolencia, puramente accidental, y cuando su hermano murió quedó muy impresionado. Cayó en un desaliento profundo. Los que han pretendido ver en *El Horla* una primera manifestación de su locura, están en un error; *El Horla* no es más que el capricho de una poderosa imaginación. Y Guy disfrutaba de completa salud al escribirlo. Su volumen *En el mar*, por el contrario, escrito bajo la impresión que la enfermedad de su hermano le produjo, revela gran inquietud...

»Una noche que cenábamos juntos en nuestra casita de Cannes, hablando sencillamente, Guy comenzó de pronto á pronunciar palabras incoherentes. Disimulé lo mejor que pude la angustia mortal que me devoraba. Guy se detuvo de pronto. Acababa de darse cuenta de su estado. Se levantó, llamando á su criado, mandóle á buscar un coche y se marchó. Dos horas después, hallándose en el *chalet* del Isère, intentaba degollarse.

\* \* \*

Maupassant, ese hombre á quien muchos han creído esclavo de las mujeres, fundándose en sus hazañas de las casas de placer, nunca las tuvo cariño. Como á Flaubert y Dumas hijo, la mujer sólo le inspiraba desdén. Limitó sus



amores á la su vida sensual; pero sus amadas nunca pudieron invadir su naturaleza espiritual. No buscó jamás relaciones íntimas y amistosas; siendo su madre, á quien adoraba, la mejor amiga para él, contentóse con tener queridas para sus goces carnales. Nunca fué un sentimental. En la batalla del amor quiso siempre adversarios conscientes y libres.

Como todos ó casi todos los seres que sobresalen por cualquier causa entre sus contemporáneos, Maupassant, una vez famoso, padeció las persecuciones de las tan impropiedades llamadas almas gemelas, de las adoradoras de hombres geniales, de las marisabidillas más ó menos románticas, de las prófugas del matrimonio, de esas depravadas que se lanzan tras el rastro que deja el hombre ilustre, creyéndose que brillan porque reciben de cerca su luz. Fué deseado por vanidad y por curiosidad. Y el desprecio que le inspiraba la mujer aumentó con esto.

Porque aquel desdeñoso era tal vez sencillamente un idealista. Los místicos, frecuentados por las visiones paradisíacas, renuncian á la existencia que les parece incompleta comparada con sus ensueños. En el fondo del desprecio de Maupassant había, seguramente, un hondo sentimiento por el amor verdadero, que no podía encontrar. En una de sus obras póstumas, su alma desesperada lanzó lamento angustioso. Léanse en la *Carta encontrada sobre el cuerpo de un ahogado* (incluída en el volumen que se rotula LE COLPORTEUR) las siguientes líneas:

«Jamás he amado.

»Muy á menudo, me he preguntado á qué es esto debido, y verdaderamente no lo sé muy bien. Aunque llegué á encontrar varias razones, se refieren á la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

»Analizo demasiado á las mujeres, para dejarme dominar por sus encantos. Pido á usted mil perdones por esta

confesión, que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física.

»Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos hállase á mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

»La inteligencia que tenemos el derecho de exigir á una mujer, para amarla, no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería, y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primera cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revela mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

»Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordancia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar á un amigo ó á una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose á una simpatía íntima, profunda y encantadora.

»Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto á adorar las debilidades tanto como las bellezas, y para esto renunciar á todo juicio, á toda reflexión, á toda perspicacia.

»Soy incapaz de cegar hasta ese punto y muy rebelde á la seducción no razonada.



»Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted á tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, á mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén perfectamente de acuerdo.»

Después de dar á entender como él sabe hacerlo que no puede contentarse con un *casi* en amor, Maupassant cuenta que una vez creyó alcanzar la dicha. He aquí cómo lo cuenta:

»Permanecía en éxtasis, encantado. Frente á nosotros, en toda la extensión, el firmamento se iluminaba de un rojo violáceo, salpicado de nubes entrelazadas semejantes á un humo dorado. El río estaba de color purpúreo, y tres casas de la orilla parecían arder.

»Inclinéme hacia mi compañera para decirla:

«—Mire usted.

»Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi á ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos, sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era de color de rosa. Y tan enloquecido estaba, que creí tener á la aurora ante mí.

»Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Inclinéme hacia ellos, estremecido, delirante, sintiendo muy bien que iba á besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido á la Humanidad.

»Pero entonces ella me dijo:

«—Tiene usted una oruga en el pelo.

»¡Y por esto sonreía!

»Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

»De pronto sentíme como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

»Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás... Pero... ¿quién sabe?»

Y la vida ha dado una trágica significación á la conclusión de este pequeño estudio:

«El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta, fué sacado ayer del Sena entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo que le había registrado para saber su nombre, presentó el papel que acabamos de copiar.»

\* \* \*

«Durante los últimos años de su vida—dice A. Lombroso—, Maupassant frecuentó el mundo elegante. Y en sus obras *Fort comme la mort* y *Notre cœur* dió entrada á la mujer seductora y terrible, á la mundana intelectual, que se adorna con ideas como con joyas, y que llevaría un anillo en la nariz si fuera moda; que encanta con su gracia, interesa con su apariencia de inteligencia, retiene con su coquetería y desespera con su frialdad. *Notre cœur* relata una aventura verdadera.

»Pero si el libro es solamente irónico, la vida fué dolorosa. El día mismo en que su inteligencia se apagó, Maupassant tuvo una entrevista con la heroína de la novela. Y mientras agonizaba el alma genial, la mujer huía con un espanto de niña que, habiendo ahogado á besos á su pájaro favorito, se oculta para no verle expirar.

»Por remordimiento tal vez, la amiga renunció al mundo y sepultóse en el luto de un recuerdo.»

En ella pensaba evidentemente Maupassant escribiendo alguna página de la citada novela.

\* \* \*

Maupassant, ese genio de quien todos han aprendido, á quien muchos han imitado, con más ó menos fortuna,



pero no acercándose ni con mucho á tan brillante modelo, cuando se volvió loco había planeado y escrito algunos fragmentos de dos nuevas novelas: *El alma extranjera* y *El Angelus*. Acerca de esta última, el poeta Augusto Dorchain, á quien Maupassant trató íntimamente, dice algo en el artículo *Quelques normands*, dedicado á Henri Allais. He aquí lo que dice:

«... Maupassant tenía en la mano unos papeles. Enseñándomelos, exclamó:

»—¡Las cincuenta primeras páginas de mi novela *El Angelus*! En un año que no he podido escribir ninguna más. Si dentro de tres meses el libro no está concluído, me mataré... Voy á contarle á usted el asunto de esta obra.

»Y me lo contó, con una lucidez, una lógica, una elocuencia y una emoción extraordinarias. Era aquello, si mi memoria no me es infiel, la historia de una mujer en vísperas de ser madre y á quien su marido, soldado, ha dejado sola durante el año terrible. Una noche de invierno, la noche de Navidad, los prusianos invaden la casa; con motivo de una resistencia ó una queja, encierran á la infeliz en un establo, después de maltratarla y aun herirla; y sobre la paja, mientras á lo lejos suenan las campanas de la iglesia, da á luz, como en otro tiempo la Virgen María. Pero, ¡qué es lo que da á luz! un niño herido, lisiado para siempre por el golpe que su madre recibiera, un niño con las piernas rotas, que nunca andará y que nunca será un hombre semejante á los otros. Pasan los años sin poder curarle, pero afinando su alma con el amor infinitamente tierno de su madre, como para que pueda sufrir aún más. ¿Es que Jesús vino realmente al mundo á traer la alegría?... Un día, cuando ya el niño es un joven, aparece una muchacha; y el inválido la adora con todo su corazón lleno de ternura, pero sin atreverse á decírselo, y sin que ella pueda amarle. Es al hermano mayor del inválido, al robusto y gallardo

á quien la joven quiere; y los amantes ofrecen al infeliz el torturador espectáculo de su dicha.

»—No te apenes amor mío—dícele la madre meciéndole como á un niño—. Te llevaré á hermosos países, te leeré hermosos libros, y olvidarás, y serás feliz también. ¡Yo lo quiero, lo quiero!..

»Y el pobre niño menea la cabeza tristemente; y en todas partes y á todas horas ve pasar ante sus ojos aquel fantasma encantador al cual nunca puede acercarse: una mujer joven y bella.

»Maupassant lloraba al acabar su narración, que duró dos horas; y nosotros también llorábamos viendo lo que aún quedaba de genio, de ternura y de piedad en aquel alma que ya nunca podría envolver con los halagos de su genio á otras almas.

»El relato penetraba hasta lo más hondo del infortunio humano; pero sentíase que, si llegaba á escribirle, el pensador golpearía en seguida con desesperado y enérgico pie, como nadador que se ahoga, el siniestro fondo de su pensamiento y se remontaría de un solo impulso hacia la luz y la esperanza... Era seguro, si se curaba; porque en su acento, en sus palabras, en sus lágrimas, Maupassant tenía no sé qué de religioso que sobrepujaba el horror de la vida y el sombrío espanto del vacío...»

Pero no se curó, por desgracia suya, y las letras experimentaron una de las más sensibles pérdidas. *El Angelus* no avanzó en una sola página: pocos meses después de explicar así el asunto de su futuro libro, Maupassant intentaba suicidarse.»